

Las líneas de la mano. Un vislumbre de cómo somos a partir de la corporalidad

Víctor H. Palacios Cruz

Universidad Santo Toribio de Mogrovejo

Antes de poner las manos sobre el tema, advierto que no pretendo sino apenas tocar, rozar o más bien tantear algunos de sus elementos que, sin las aspiraciones de un manual, intentaré mostrar de la mano de un lenguaje no dirigido solo a especialistas, apoyándome en referencias y ejemplos a la mano.

La significación antropológica de la mano no cabría en la angostura de su palma. Inabarcable y por ello irresistible, lo que somos se escurre entre los dedos. Si bien cabe en cada intento capturar siquiera un manojito de ideas que permitan maniobrar en el campo de la corporalidad, cuyas manifestaciones son el primer paso en la conciencia de nuestra condición, sin el cual sería inconvincente indicar la inminencia de lo interior o espiritual.

Aunque estas indagaciones nacieron en las aulas con anterioridad a la lectura de Maurice Merleau-Ponty, la lucidez de su defensa de la percepción y la experiencia como tierra natal de toda teoría resulta un patrocinio agradecer. Tras las dos guerras mundiales, en el tempestuoso desplome de la cultura europea desde sus raíces racionalistas y positivistas, Merleau-Ponty aprovechó el surco renovador de la Fenomenología, abierto por Husserl, para replantear el lugar de la filosofía y colocar los sentidos y la corporalidad en la primera línea de la reflexión antropológica.

Es preciso, dice en *El ojo y el espíritu*, que la ciencia vuelva “sobre el suelo del mundo sensible y del mundo abierto tal como son en nuestra vida, para nuestro cuerpo”, “este cuerpo actual que llamo mío, el centinela que se mantiene silenciosamente debajo de mis palabras y mis actos”.¹ Un retorno a la inocencia con que la existencia despierta a lo real, sin los filtros de las escuelas y sus sofisticadas jergas.

¹ Trad. A. del Río Hermann, Madrid, Trotta, 2003, p. 19.

El filósofo, añade Merleau-Ponty, es un “perpetuo principiante” que “no toma nada por sentado”, y tiene por misión “aprender de nuevo a ver el mundo”.²

Las manos en las artes plásticas y la literatura

En el sugerente fresco *La escuela de Atenas* de Rafaelle Sanzio, sobre una de los muros de las estancias vaticanas, Aristóteles señala con su diestra hacia el suelo, en oposición a Platón, su maestro, cuyo índice apunta hacia lo alto.

Hace veinticinco siglos, Aristóteles, hijo de Nicómaco –médico y científico– enseñaba que “nada hay en la inteligencia que no haya estado antes en los sentidos”. Veinticinco centurias que se disuelven como pompa de jabón en este instante en que notamos que ninguno de nosotros es capaz de comunicarse, ni siquiera de comunicar, si no es en, con y desde el cuerpo, dirigiéndose hacia otro cuerpo que escucha o gesticula, que se exalta u oculta, que nos mira de frente o nos da la espalda.

Lo que desacredita el hábito –que Descartes revivió en el siglo XVII³ de apresurarnos a afirmar la existencia del alma como absuelta de la carne, temiendo tal vez una contaminación con la materia que se descascara y se corrompe. Cuando sucede que solo sobre la tactilidad de lo evidente reverberan los motivos que conducen más sólida y fiablemente hacia esas regiones elevadas que, luego, la proximidad del morir vuelve desesperadamente urgentes.

“El hombre posee inteligencia por estar dotado de manos”,⁴ contaba también el Estagirita. Creo, del mismo modo, que el humano sería incapaz de amar si le estuviera vedado saludar, abrazar y acariciar. Cuando una madre acuna entre sus brazos el cuerpo rollizo y tibio de su bebé –quizá insinuando una nostalgia pre-natal–,⁵ ella no distingue facetas o dimensiones, únicamente ve a su

² *Fenomenología de la percepción*. Barcelona, Península, 1997, pp. 14 y 20.

³ Dice en el *Discurso del método*: “Al examinar, después, atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo y que no había mundo ni lugar alguno en el que me encontrase, pero que no podía fingir por ello que yo no existía, sino que, al contrario, del hecho mismo de pensar en dudar de la verdad de otras cosas se seguía muy evidente y ciertamente que yo era; mientras que, con sólo haber dejado de pensar, aunque todo lo demás que alguna vez había imaginado existiera realmente, no tenía ninguna razón para creer que yo existiese, conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza no es sino pensar, y que, para existir, no necesita de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De manera que este yo, es decir, el alma por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta y, aunque el cuerpo no existiese, el alma no dejaría de ser todo lo que es.” (Cito por la traducción de Eduardo Bello, en Madrid, Tecnos, 1999, IV, pp. 46-47).

⁴ Aristóteles hace estas consideraciones en el capítulo 10 del libro IV de *Las partes de los animales*. Cito por la edición en Madrid, Gredos, 2000, 686a-687a.

⁵ Escribe Edmond BARBOTIN: “cuando la madre se sienta, se crea en ella un espacio acogedor –el regazo– en el cual puede el niño venir a acurrucarse. La madre estrecha al niño contra su corazón, y quisiera, por una especie de retorno a la condición prenatal, llevarlo todavía en sí

hijo, a un ser que no es solo piel, pero al que no es posible cuidar y querer si no es por medio del tacto, el aliento y el calor.

Las taxonomías de los científicos o las abstracciones metafísicas olvidan esta sabiduría natural, que el arte ha transmitido con una expresividad insustituible a través de lienzos, tablas y esculturas en que reconocemos la elegancia, la malicia, la pureza, la cobardía o el aplomo de unas manos. La mano que no quiere morir del *Laocoonte* de la Grecia helenística; las manos sorprendidas por el anuncio de la traición en *La última cena* de Da Vinci; la mano recogida y devota del *San Francisco* de El Greco; las manos electrizadas en *El éxtasis de Santa Ludovica* de Bernini; las extremidades que estrangulan en *Premonición de la Guerra Civil* de Salvador Dalí; o la mano tierna y adolorida de *El grito III* del ecuatoriano Oswaldo Guayasamín.

Es sobrecogedor descubrir que su representación ha acompañado el alba de la humanidad, como prueba una pintura en una cueva del sur de Francia (Chauvet Pont D'Arc) de hace treinta mil años, y otra descubierta hace poco en la isla de Sulawesi entre el sureste asiático y el norte de Australia, diez mil años más antigua que la anterior. Obras de ancestros que apenas habían alcanzado nuestra apariencia (lo que revela, de paso, que el humano ha tallado sus contornos ejercitándose e interviniendo sobre sí a lo largo de milenios de astucias y penurias). Imágenes por las que se vislumbra a un humano balbuciente que contempla los bisontes, alces y mamuts que salen de las manchas de sus dedos, de pronto distraído por la sombra que su mano proyecta sobre la pared alumbrada por antorchas.

En su *Tratado de la pintura*, Da Vinci dice que “un buen pintor tiene dos objetivos principales cuando pinta: el hombre y su espíritu. El primero es fácil. El segundo es más complicado, pues tiene que representarlo por medio de movimientos corporales”. Es en los gestos de brazos y manos que uno “sigue las intenciones de la mente”.⁶

Los buenos oradores –agrega– cuando quieren persuadir de verdad a sus oyentes, procuran acompañar sus palabras con movimientos de manos y brazos, aunque algunos insensatos descuidan esta faceta y parecen estatuas en la tribuna, dando la impresión de que su voz sale de un tubo parlante. Esto, que es un gran defecto en el campo de la oratoria, se acentúa en el arte de la pin-

misma, no ser más que una con él. Para el niño, este regazo es una especie de matriz exterior; le ofrece la leche nutricia, pero representa también el lugar de la máxima seguridad, de la paz, de la ternura. Entre los adultos, la extensión de la mano hacia la de otro, el mutuo estrechamiento en que cada mano es la vez acogedora y acogida, constituye la más corriente manifestación de compenetración física.” (*El lenguaje del cuerpo I*. Pamplona, EUNSA, 1977, p. 51)

⁶ El conocimiento de tales gestos, termina el pintor de La Gioconda, se adquiere “observando al mudo”, pues “sus movimientos son más naturales que los de cualquier otra persona normal.” (*Cuadernos de notas*. Madrid, Edimat, 2002, p. 99)

tura. Si las figuras no son expresión de la vida que el autor quiere imprimir en ellas, aparecerán doblemente muertas: carentes de vida y de acción.⁷

La literatura no ha sido menos justa con la elocuencia de estos miembros de nuestra figura. Julio Ramón Ribeyro escribe en uno de sus cuentos:

No sé cuándo fue, pero lo cierto es que una noche, absorto en mi contemplación, me di cuenta de que no estaba solo: por la ventana de la derecha asomaba otra persona. Asomaba solamente el extremo de un perfil compulsivo. Al mirar con insistencia, el perfil se alarmó. Era una mujer joven que al verme desapareció tirando los postigos. Al cabo de unos días volví a verla. Mi presencia parecía incomodarla, pues cada vez que me distinguía cerraba la ventana o retiraba el torso, dejando abandonadas en el alféizar un par de manos pensativas. Yo miraba esas manos con pasión, diciéndome que para un buen observador toda la historia de una persona está contenida en su dedo meñique. Pero, a fuerza de examinarlo, solo deduje que se trataba de una persona lánguida, esbelta, espiritual y desgraciada".⁸

Décadas antes, Stefan Zweig, el novelista vienés cuya agudeza psicológica parte a menudo de una acuciosa observación del físico humano, refiere en su relato Veinticuatro horas en la vida de una mujer que su personaje femenino experimentaba aburrimiento al "contemplar constantemente las mismas caras" en los casinos de Montecarlo: "mujeres avejentadas y entecas, que permanecían horas y horas como asustadas antes de aventurar una ficha, profesionales astutos, cortesanas", una "uniformidad de rostros extraños" que desaparecía al bajar la vista sobre "el tapete verde, en el centro del cual la bolita, como un borracho, vacila de un número a otro".

Sobre ese espacio rectangular y alisado -continúa-, emergía una "multitud de manos claras, nerviosas y constantemente en actitud de espera, todas asomando por las cavernas de sus respectivas mangas, cada una de forma y color diferentes, unas desnudas, otras adornadas con anillos y pulseras tintineantes, muchas velludas como si fueran de animales salvajes, otras húmedas y retorcidas como anguilas; y todas crispadas, trémulas, poseídas por una terrible impaciencia".

Todo puede adivinarse en esas manos, en su manera de esperar, de coger, de contraerse. Al codicioso -prosigue Zweig- se le conoce por su mano semejante a una garra; al pródigo, por su mano blanda y floja; al calculador, por la muñeca firme; al desesperado, por la mano temblorosa; cientos de temperamentos se descubren con la rapidez del rayo, ya sea en la forma de coger el dinero, si lo estruja o lo agita nerviosamente, si, abatido y con mano fatigada, hace indiferente una apuesta en el tapete verde.

⁷ *Ibidem.*

⁸ "Los españoles" en *La palabra del mudo I*, Lima, Seix Barral, 2009, p. 428.

Todos los jugadores “del cuello para arriba, llevan la máscara fría de la impasibilidad: dominan y borran las arrugas que se forman en torno de la boca” y, “con los músculos en tensión, imprimen al semblante una fingida indiferencia, que por momentos llega a adquirir una aristocrática frialdad”. En tal estado de tensión, “olvidan las manos” que “ponen, impúdicamente, al descubierto su secreto”. En las incontables maneras de mover las manos en el juego, “las hay cual de bestias salvajes, de velludos y curvados dedos, que arrebatan el dinero forzosamente; otras, nerviosas, trémulas, con las uñas pálidas que casi no se atreven a avanzar; otras, nobles y a la vez viles, tímidas y brutales, vivas y torpes; y otras, vacilantes... Cada una actúa de modo diferente, porque expresa un temperamento distinto, excepción hecha de las manos de los *croupiers*. Las de estos son máquinas perfectas; junto a la exaltación viva de las otras, funcionan con objetiva precisión, atareadas siempre y con absoluta indiferencia”. Diríase que “visten uniforme cual policías en medio de las oleadas de exaltación de una revuelta popular”.

Una noche, “vi dos manos como jamás había visto; dos manos convulsas que, cual animales furiosos, se acometían una a otra, dándose zarpazos y luchando entre sí de manera que crujían las articulaciones de los dedos con el ruido seco de una nuez cascada”. “Adiviné al punto que estaba ante un hombre abrumado, el cual contenía todo su sufrimiento con la punta de los dedos para no dejarse aniquilar por él. Y en aquel instante, en aquel instante preciso en que la bolita fue a caer con un ruido seco en la casilla y el *croupier* cantaba el número, en aquel segundo, las dos manos se separaron, cayendo desplomadas, como dos bestias alcanzadas por el mismo tiro”. Durante segundos “permanecieron ambas sobre la mesa, como aplastadas y muertas, igual que dos medusas arrojadas al borde de la ribera”. “Toda aquella multitud vertiginosa llena de impresiones relampagueantes y fugaces que influían crudamente sobre los nervios, me parecieron muertas y petrificadas comparadas con aquellas dos manos trémulas, jadeantes, impacientes, anhelantes y heladas”.⁹

Siglos antes, Michel de Montaigne –admirado por Zweig– escribía que con las manos “requerimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, pedimos, suplicamos, negamos, rehusamos, interrogamos, admiramos, contamos, confesamos, nos arrepentimos, tememos, nos avergonzamos, dudamos, instruimos, mandamos, incitamos, animamos, juramos, atestiguamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, despreciamos, desafiamos, nos irritamos, adulamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos, nos burlamos, nos reconciliamos, recomendamos, ensalzamos, celebramos, nos alegramos, nos compadecemos, nos entristecemos, nos desconsolamos, nos desesperamos, nos asombramos, gritamos, callamos, ¿y qué no?, con una variación y multiplicación que rivaliza con la lengua”. Al igual que “con la cabeza, invitamos, despe-

⁹ *Veinticuatro horas en la vida de una mujer. Carta de una desconocida. Confusión de sentimientos.* México, Porrúa, 2006, pp. 16-21.

dimos, reconocemos, repudiamos, desmentimos, damos la bienvenida, honramos, veneramos, desdeñamos, pedimos, rechazamos, nos alegramos, nos lamentamos, halagamos, regañamos, nos sometemos, retamos, exhortamos, amenazamos, afirmamos, preguntamos. ¿Qué decir de las cejas?, ¿y de los hombros? No hay movimiento que no hable un lenguaje que es inteligible sin enseñanza, y que es público.”¹⁰

A propósito, cuán polisemántico es el solo aplauso. Con él aprobamos un desempeño, llamamos a un camarero, marcamos el ritmo de un vals, despertamos a un distraído o alentamos a alguien a punto de actuar.

Cuerpo inespecializado: las manos y la técnica

Pero, ¿por qué tenemos precisamente estos apéndices y no, mejor, fuertes garras de oso, lisas aletas de pez, intrépidas alas de ave, duras tenazas de cangrejo o veloces pezuñas de antílope?

Desde luego, la mutación de una especie mantiene en el tiempo una coherencia entre las partes de su anatomía. Coherencia que, sin embargo, se torna misteriosa en el caso del humano, cuyo desarrollo desiste, una a una, de las ventajas del animal –escamas protectoras, caparazones que guarecen, pelambres que cobijan, una cola que equilibra–, para dejar una fisiología en apariencia desprovista e indefensa. La cría humana es la más desvalida de todas por su constitución así como por la duración que toma su despliegue. Se diría que todo parto es prematuro, y que la familia y la cultura son por unos años una extensión del útero materno.¹¹

Un pensador materialista, Friedrich Engels, intuyó en ello algo extraordinario: “todo progreso en el desarrollo orgánico es al mismo tiempo una regresión, ya que fija un desarrollo unilateral, y excluye así la posibilidad de un desarrollo en muchas otras direcciones”.¹²

Es decir, el hecho de que las extremidades superiores del humano no se hayan vuelto zarpa, aleta o tentáculo, parece a primera vista una pérdida, cuando, más bien, es la ganancia de una parte que, al no haber tenido una cul-

¹⁰ *Los ensayos*. Barcelona, Acantilado, 2007, II, XII, pp. 657-658.

¹¹ Dice Constantino CARVALLO: “Los nueve meses que permanecemos en el vientre femenino maduran solo algo del animal que somos. Más tarde otro útero, otra matriz, otra casa, durante mucho tiempo, engendrará al hombre. El alma, el ego, el Yo, o como quien quiera llamar-sele a eso que es la sustancia, el soporte desde el que pensamos, sentimos, existimos, no nace con nosotros. Surge, quietamente, de nuestros contactos, de nuestras comparaciones con las personas que nos rodean, que construyen nuestro entorno”. (*Donde habita la moral. Reflexiones sobre la filosofía y educación*, Lima, Aguilar, 2011, p. 61)

¹² Edgar MORIN, *El hombre y la muerte*. Barcelona, Kairós, 2007, p. 111, nota 10. El zoólogo francés Albert Vandel escribe: “toda adaptación, aun cuando parece perfecta, es una causa de senescencia en la descendencia. Las maravillosas adaptaciones de los cetáceos, de los murciélagos, de los topos, les privan de toda posibilidad de evolución ulterior”.

minación unívoca, permanece abierta a innumerables posiciones. Mientras la especialización endurece, clausura y fija el organismo del animal, la inespecialización deja al humano libre y, nunca mejor dicho, en sus propias manos.

Nuestros antepasados detuvieron su itinerario evolutivo cuando, probablemente jugando con sus cuerpos en las pausas de su sobresaltada existencia, se toparon con que podían adrede modificar su entorno por medio de movimientos provocados no por casualidad, sino por un gobierno intencionado y sostenido.

En el célebre primer capítulo de la película *2001 Odisea del espacio* (1968) de Stanley Kubrick, un rudimentario homínido holgazanea golpeando con un fémur los otros restos de un mamífero, intrigado por el espectáculo de los pedazos que saltan, extasiado al comprobar que esa extensión de su brazo multiplica su energía.

En la siguiente escena, encabeza una horda que planta cara a rivales que, en una anterior disputa, se habían apoderado de la charca de la que dependía su sobrevivencia entre páramos y riscos. Blandiendo el mismo hueso, aquel abuelo nuestro asesta impactos brutales a su contrincante hasta prácticamente matarlo; tras lo cual, ebrio de poder, lanza al aire el arma a la que debe su victoria, la visión de cuyas vueltas sobre el cielo azul se ve inmediatamente seguida en el filme por la imagen de una nave espacial en órbita. Nave alargada y resplandeciente que, al recordar al fémur primigenio, sugiere la perpetua ambivalencia de la técnica, el fundamento lúdico y a la vez sangriento de la civilización, mientras flota al compás de un vals sobre la negrura del cosmos.

Memorable ilustración de que la técnica fue, para el humano, la continuación o aun el impulso de una evolución biológica que, después de en un momento impreciso, es más imputable a su responsabilidad que a la naturaleza. Una evolución, además, ramificada en una multitud de piezas que volvieron innecesaria cualquier especialización del cuerpo. Los animales subsistieron merced a estructuras adecuadas y eficaces: las branquias del pez, el pico del ave, el cuello de la jirafa. El humano, en cambio, fue esquivando sucesivamente el nado del cetáceo, el galope del equino y el balanceo del primate, para obtener articulaciones frágiles, pero también dóciles, maravillosamente aptas para transferir a la materia los diseños que su mente iba concibiendo.

Mente alentada por una memoria incipiente, una imaginación delirante y una percepción orientada. Sin las manos, no habríamos domesticado animales, inventado la rueda, construido motores y diseñado una cadena de vehículos que llegan hasta el aeroplano y prosiguen en los proyectiles que atraviesa el Sistema Solar. El humano carece de alas para poder volar más alto.

Tenían razón Johan Huizinga y Lewis Mumford al alegar que el juego y el ocio son las raíces de la cultura y el progreso,¹³ condiciones que tampoco ahora, en esta era de feroz utilitarismo, podríamos permitirnos el lujo de despreciar.

Irrecuperable y cautivante el instante en que el humano miró fijamente una rama de árbol y, gracias a una abstracción recreativa que retiró las hojas, descubrió de súbito una jabalina. O la hora en que venció el temor del fuego que aqueja a todo mamífero, para dedicarle su curiosidad y su fascinación, y abrigar el ímpetu que lo llevó, al fin, a tomar una rama que ardía por uno de sus extremos. Punto de partida de la conquista de la cueva, la cocción de los alimentos, el modelado del barro y el metal, la estabilidad y la integración comunitaria, y la transformación del cuerpo.

Sin embargo, ya en aquella mirada inquisitiva asomaba un destello, el impulso recóndito que seguimos siendo. Que necesariamente debía avenirse con un conjunto óseo-muscular dúctil y armonioso, que cediera y se dejara estimular. Ejercitación que incentivó, de vuelta, a esa misma interioridad, que de otro modo habría quedado cohibida, prisionera en una estructura tiranizada por alguna función preponderante.

Los utensilios solo podrían haber sido producto de terminaciones capaces de conferir infinitas configuraciones a la materia, justamente por no hallarse oprimidas por ninguna configuración preestablecida, rígida y unilateral.

De hecho, en los artificios más rudimentarios es reconocible la presencia de la mano como modelo, al punto que cada cual parece un perfeccionamiento particular que el humano hubiera apartado de sí: la cuchara es una palma que lleva el alimento a la boca; el cuenco o el vaso son dos manos que se juntan para albergar un contenido; el hacha, unos dedos alineados que cortan mejor; el martillo, un puño que golpea más fuerte; el destornillador, una uña que hiende y gira sin hacerse pedazos; la palanca, la amplificación del impulso de los brazos; y los dedos entrelazados, la primera canasta y el anuncio del tejido.

Sin las manos no solo no podrían haberse fabricado herramientas, y sus sucesivos derivados, sino que ni siquiera habría sido posible concebirlas.

Las manos, raíces comunitarias y unidad corporal

Sin embargo, una vez más, ¿cómo llegamos a tener manos?

Es obvio que ellas no son un accidente o un injerto en nuestra anatomía. En rigor, son tanto causa como consecuencia para un ser en cuyo dibujo el bipedismo es un trazo principal.¹⁴ Bipedismo que, por cierto, no es una condición

¹³ Me refiero a *Homo ludens*, el recordado ensayo sobre Mumford de J. HUIZINGA, *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*. Logroño, Pepitas de Calabaza, 2010, pp. 16-19.

¹⁴ Observa BARBOTIN: "mientras que los demás vivientes superiores presentan un equilibrio horizontal, y aunque los monos antropoides se acercan a la verticalidad sin acceder totalmen-

espontánea o natural, sino inculcada y aprendida, como demuestra nuestra crianza y también los casos de bebés abandonados en selvas inhóspitas, y recuperados por la sociedad en un estado más cercano a las bestias que los rodearon.

Por estos motivos decía Arnold Gehlen que “sin la cultura el humano es un ser biológicamente inviable”. Genéticamente somos seres inacabados que aguardan el delineado que proviene de la educación y del afecto.

Dicen unos versos de Ovidio en las *Metamorfosis*: “tampoco es un osezno lo que la osa acaba de parir, / sino carne apenas viva; con sus lamidos la madre modela / sus miembros y le da la forma que ella misma tiene”.¹⁵ Recíprocamente, añade Lucrecio aludiendo a los tiempos de la conquista del fuego, “los niños con sus caricias a los padres les quebrantaron con facilidad su índole brutal”.¹⁶

Nos hacemos humanos únicamente envueltos por nuestros semejantes. Nuestro ser consiste en lo que encierra la silueta, pero también en el aire inasible que recorren nuestros lazos.

Interrelación que también atañe internamente al cuerpo, puesto que la postura sostenidamente erecta exonera a los miembros superiores de su función de apoyo y locomoción. Colgantes y con un arco notable de movilidad, las manos quedaron invitadas por el vacío alrededor a extremarse y, finalmente, escindir-se en dedos, cada uno de los cuales semeja una mano diminuta, fina y sensible.

Entre ellos, la postura separada y consistente del pulgar permite un contrapeso con el resto de sus pares, del que resulta la posibilidad de asir, sostener, presionar o acoger. En el humano, a diferencia de los primates, el pulgar es perfectamente oponible al resto de los dedos, a los que puede tocar desde su base hasta las yemas. Incluso puede tocar la parte superior de la palma, lo que permite, por oposición, la sujeción de objetos y la manipulación precisa. Por último, puede rotar en noventa grados, perpendicularmente a la palma, a diferencia de sus pares que solo pueden hacerlo en cuarenta y cinco grados.

En esa misma medida, el pulgar empodera a los otros dedos y comparte con ellos una flexibilidad multidireccional que, por cierto, empieza en los hom-

te a ella –sus miembros delanteros son utilizados para caminar–, el hombre es el animal erguido. Orientación hasta tal punto esencial que basta con invertirla durante cierto tiempo para provocar la muerte: en el antiguo Egipto, los condenados a muerte eran, simplemente colgados cabeza abajo hasta que les sobreviniera la muerte. En oposición a la postura yacente, la postura erguida es en el hombre signo de vida, de salud, de estar despierto, de fuerza: «estar de pie», «estar levantado», son sinónimos de estar en forma, despierto, dispuesto a la acción. Es también señal y acto de tener un dominio pleno sobre mí mismo: erguido, triunfo sobre la gravedad, domino la masa corporal y realizo el equilibrio más improbable: el de una silueta vertical apoyada sobre la masa mínima del polígono de sustentación.” Ver *El lenguaje del cuerpo*, I, p. 89.

¹⁵ Madrid, Alianza, 2005, p. 446.

¹⁶ *La naturaleza de las cosas*. Madrid, Alianza, 2003, vol. 5, p. 266.

bros que unen las extremidades al torso, prosigue en los codos a mitad de recorrido, se sustenta y toma fuerza en las muñecas, y se vehicula en los huesecillos de las falanges.

Cuenta Montaigne que, en la antigüedad, Filocles “tras ganar una batalla naval, hizo cortar los pulgares a sus enemigos vencidos para privarlos del medio de combatir y remar”, y “los atenienses se los hicieron cortar a los eginetas para arrebatárles la supremacía en el arte naval”.¹⁷

Nada corrobora mejor la capacidad de acción, incluso la soberanía que el humano debe a estas disposiciones, que el “atar de manos” o el ordenar poner “las manos arriba” como el primer paso que anula físicamente a un adversario. Encadenarlas, esposarlas o sujetarlas de algún modo, despoja de libertad e inhabilita a alguien como actor entre iguales.

En simultáneo, la existencia de las manos permite la aparición del rostro, que es la retracción y suavización de la cara, eximida de tareas rudas como hurgar, apresar, desgarrar y transportar. Rostro en consecuencia versátil, sobre el cual vemos mal en contraste con el águila, oímos peor delante del murciélago y olfateamos mucho menos que un perro. Pero gracias al cual la receptividad del entorno no es predominantemente óptica ni olfativa ni acústica, sino abierta, heterogénea y combinable. En efecto, el águila oye mal, el murciélago es prácticamente ciego y el perro no distingue colores.

En consecuencia, nuestra relación con el mundo es mucho más rica en información, al punto que nos aturdiríamos si no fuera porque aprendimos en la infancia a simplificar y reconocer figuras, asociaciones, objetos y niveles para afrontar una cantidad invasiva, a veces insoportable, de sensaciones.¹⁸ Lo que,

¹⁷ *Los ensayos*, II, XXVII, p. 1040.

¹⁸ Dice Arnold GEHLEN: “a diferencia del animal, el hombre está entregado a un mundo indefinido, infinitamente abierto, con una multitud de posibilidades imprevistas. No le han sido dados órganos exactamente adaptados al ambiente que, al ser solicitados por unos pocos instintos oportunos, le revelasen solo el sector ambiental importante para su vida y le ocultaran todo lo demás. El hombre ha sido arrojado inerme, sin instintos ni especialización, es decir, inadaptado, a un mundo que es un contenido tan inmensamente rico justamente porque agobia e inunda de impresiones a un ser carente de esa limitación orgánica protectora que posee el animal, el cual puede vivir en su cuerpo gracias a que armoniza con el medio. La falta casi total de órganos cargados de instintos altamente especializados; el mundo como esfera indefinida, infinitamente abierta de su existencia; y la necesidad de vivir eligiendo y adoptando actitudes, o sea, de actuar, no son sino aspectos diferentes, de una misma situación básica humana. Y a este mundo que no está, como el ambiente del animal, conciliado con los instintos por una sabiduría superior, debe el hombre igualmente referirse, asimilarse activamente. La percepción orientada, el movimiento dirigido con precisión hacia un objeto, son ya logros que presuponen el trabajo esforzado de meses y años en la primera infancia, en un largo periodo de ejercicio asesorado y protegido desde afuera. El despliegue de nuestras posibilidades de acción, la formación de capacidades y aptitudes recién adquiridas constituyen la adaptación a un mundo abierto, indefinido, con el resultado tardío y dificultoso de que ya percibiendo creemos poder captar el modo de ser de las cosas.” Cfr. *Antropología*

asimismo, vuelve entendible que la manera de mirar –y, por tanto, de representar– difiera con cada cultura y cada época.

Ciertamente, como enseña “Funes el memorioso”, el cuento de Jorge Luis Borges, ver el árbol o la hoja es un proceso selectivo, incluso abstracto, que trasciende los puntos, líneas y pigmentos abigarrados en la minuciosidad de lo real.¹⁹ Cada percepción es filtro y construcción arquitectónica, o –como intuía una estudiante en clase– “la pasajera especialización de una sensibilidad in-especializada”.²⁰

En suma, complejidad perceptiva que facilita sobre el semblante la potencialidad expresiva que ha animado a Julián Marías a hablar del rostro como una «estructura dramática» y síntesis biográfica,²¹ tema notable que postergo por ahora, pues de otro modo la disertación se me iría de las manos.

Su soltura, la multiplicidad de sus flexiones y la lejanía de su posición respecto de los ojos, permiten que ejerzamos sobre estas partes del cuerpo un grado de control e intencionalidad superior al que tenemos sobre las piernas, ocupadas en el soporte y el traslado; y sobre la cara, a la que obviamente no vemos. Extremos acercables, permanentemente visibles y diversamente móviles, tan prestos a las solicitaciones de la mente. Decía Napoleón: “mi mano de hierro no estaba al extremo de mi brazo, se conectaba inmediatamente con mi cabeza”.²²

Es verdad que en la boca gozamos de una voluntariedad similar. Su plasticidad es, sin duda, una de las llaves del lenguaje. Pero la casi exterioridad de las manos y su división en puntas alargadas y relativamente independientes que se abren a infinitas posibilidades motrices –además, unidas íntimamente al sistema nervioso– les otorga una singularidad y una preeminencia.

Y también una mutabilidad gestual según la cual pueden ser, alternativamente, embajadores u obreros, señores o súbditos, artistas o artesanos, jueces o galanes. Nada revela tanto la personalidad como el comportamiento de las manos. Nuestra continua conciencia de la cara como lugar de identidad ante los ojos de otros, como apreciaba Stefan Zweig, nos distrae de las manos que, en-

filosófica. Del encuentro y descubrimiento del hombre por sí mismo. Barcelona, Paidós, 1993, pp. 48-49.

¹⁹ Cf. *Ficciones*, Lima, Peisa, 2002.

²⁰ La estudiante Verónica Aguilar Jáuregui, en la asignatura de Antropología Filosófica, en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, en una clase durante el semestre 2014-II.

²¹ “En la cara, abreviada y resumida en los ojos, es donde sorprendemos a la persona, donde la descubrimos y hallamos por primera vez, donde asistimos a su trayectoria, donde vemos incoarse otras trayectorias no seguidas y que son parte virtual de su biografía íntegra, donde podemos leer muchas veces ese balance vital que la persona hace de vez en cuando.” Cfr. *Antropología metafísica*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 134.

²² Cit. por Ralph W. EMERSON, “Napoleón o el hombre del mundo” en *Hombres representativos*. Madrid, Cátedra, 2008, p. 175.

tonces, cobran una apariencia podría decirse más desinteresada y, por ello, reveladora.

Estirados en toda su longitud, los brazos hacen de ellas, a continuación, un par de cuerpos alejados que actúan como nuestros emisarios o adelantados, que llegan a las cosas *antes* que nosotros, que las palpan sin involucrarnos del todo, que dirimen la aproximación o el distanciamiento, la posesión o el desdén. Obramos desapercibidos de su función, pero ellas son, después del reconocimiento de la vista, el lugar donde sucede nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos. Intermediarios ineludibles y, como los burócratas, seres tentados por la arbitrariedad o, por el contrario, seres responsables que delegan en otros la acción que les corresponde, para lo cual engendran una vasta prole de útiles que, como las palabras, nos permiten tratar con las cosas sin llegar nunca a reemplazarlas.

Aunque de continuo obedientes a la inteligencia, las manos parecen dotadas de una autonomía patente en el hecho gracioso, pero significativo, de que jugamos con ellas como si fueran pequeñas personas encarnando personajes. Hacemos figuras con sus sombras sobre una pared, manipulamos títeres, representamos acciones con los dedos al jugar con nuestros niños.

Quién sabe si el «muñeco» y la «muñeca» surgieron no tanto de la miniaturización de la figura humana, cuanto de la emancipación de unas manos ataviadas.

Las manos como medio y principio del conocimiento

Las líneas de la mano poseen, en suma, una triple aptitud: anímica, pues acompañan o reflejan estados emocionales y actitudes; utilitaria, pues actúan sobre las cosas inmediata o mediatamente, a través de utensilios; y lúdica o recreativa, puesto que efectúan representaciones figurativas y responden a propósitos imaginativos.

Sin embargo, no es todo. Ellas poseen, asimismo, una virtud cognitiva, que no se agota en la exquisita sensibilidad de su epidermis. De modo espontáneo ellas preceden a la razón en el contacto con el mundo. Aunque otras señales –visuales, acústicas, olfativas– se les adelanten, solo poniendo las manos sobre algo sentimos irrefutable su presencia y verídicos sus atributos.

Era natural, por ello, que uno de los apóstoles exigiera poder meter sus dedos en las llagas del costado del Maestro para saber que realmente había resucitado y vuelto con sus discípulos. De ahí que por definición la fe sea, como dicen los teólogos, una virtud sobrenatural.

Las manos llevan el cuerpo al mundo y traen el mundo al cuerpo. Cuando nos cubre un tibio sol otoñal, cuando aspiramos el olor a tierra mojada, cuando nos detenemos junto al mar, cuando una música sosiega la sangre, cerramos los ojos y descansamos las manos, que descienden relajando el eje vertebral. Poco

después, ellas cobran vida de nuevo, se elevan y vuelan trazando en el aire cintas y volutas. Porque en toda nuestra biología nada como ellas, receptivas y teatrales, comunica tan vivamente nuestra comunión con el mundo y la movilidad de nuestro interior.

Sugiere Maine de Biran, por otro lado, que la idea de la relación causa-efecto –fundamental en la racionalización del espacio y el tiempo– nace de nuestra “experiencia del esfuerzo muscular”.²³

Paralelamente, la mano debió ser el principio y el modelo de los signos y de las primeras grafías del lenguaje. La remota escritura cuneiforme recuerda en la rusticidad de sus cuñas las marcas a presión de unos dedos todavía torpes para el desplazamiento delicado que, con los siglos, llegará a ser arte, por ejemplo, en la caligrafía china. Cuenta Martyn Lyons²⁴ que, durante la expansión del Corán, “la caligrafía se consideró un arte elevado, e incluso una prueba de carácter”, al punto que, según un proverbio árabe, “la pureza en la escritura es la pureza del alma”.

Esa conexión, codificada dentro de cada colectividad, entre los signos plasmados por una tiza o un pincel y los pensamientos que aferran la numerosa realidad, era en sí una hazaña, una cima desde la cual el humano podía atisbar el infinito. Gracias a su cuerpo.

Rumbo inédito que tiene su correspondencia en el trabajo que, sobre el barro o cualquier sustrato, genera series de objetos iguales –armas, recipientes, adornos– que, a su vez, insinúan a unos ojos desocupados y contemplativos la intelección del número, la individualidad, el conjunto y, sobre todo, la preciosa idea de la forma ya no como cualidad intrínseca a una cosa, sino como propiedad común que revela la preexistencia del molde: la repetición interminable de un mismo patrón que las manos imponen a la naturaleza.

En una conjugación de semejanzas y diferencias, la certeza de la misma figura en unidades distintas dejó a la vista esa otra herramienta impalpable y portentosa que es la forma inmaterial, el llamado universal. Abstracción a partir de la cual el humano proyectó las celdas y escalas invisibles con que catalogó lo que llamó universo, en latín “diversidad reunida en la unidad”. Líneas de la mano sobre las que la inteligencia extendía travesías y combinaciones. El humano, un ser inteligente por estar dotado de manos, repite Aristóteles.

Es interesante, por otra parte, notar cómo las manos regulan el curso de la percepción. Primero, señalando las cosas como si al hacerlo instauraran su existencia. Después, sosteniéndolas, mostrándolas y reteniéndolas ante la mirada. Es decir, fijando y organizando la atención, tornando las cosas reconocibles y referibles al sujeto, partícipes de su esfera de actividad.

²³ Cf. E. BARBOTIN, *El lenguaje del cuerpo I*, p. 33.

²⁴ Libros. *Dos mil años de historia ilustrada*. Barcelona, Lunweg Editores, 2011, p. 48.

A través de esta “distancia a la mano”, que nos une y nos separa del entorno, terminamos por descubrirnos como seres ante el mundo, frente a él; no confundidos ni mezclados con él. Diferenciación que nos sustrae y nos aísla en cierto grado. Desde la cual se explica, en buena cuenta, esa objetivación que inspira los nombres con que designamos y agrupamos lo que puebla el cosmos e incluso su totalidad. Lo que hace a Pico della Mirandola llamar al humano «vocero de todas las criaturas», y a Heidegger, «pastor del ser».²⁵

Un pastor, hay que decirlo, que tanto enumera y cuida a sus ovejas, como las trasquila y las degüella. La historia de la humanidad oscila entre la devoción y la codicia que infunde esta roca de la galaxia de cuyas partículas se forman nuestros tejidos. Para bien o para mal, ese doble éxtasis de nuestro poder fabril que es la explosión industrial del siglo XIX y del saber científico que es la obtención de energía nuclear, reposa sobre la misma verdad de que el planeta ha quedado dramáticamente en nuestras manos.

Volviendo a lo anterior, la mediación de las manos en el trato con los objetos elimina cualquier sospecha de continuidad entre ellos y nosotros. Apercebidos de la vecindad y el límite, nos vemos distintos y hasta extraños en el mundo,²⁶ al punto que parece que las fuerzas del exterior se detuvieran ante nosotros. Somos una interrupción, un desvío en el curso de las fuerzas naturales.

Perfectamente adaptado, el animal no se separa de su hábitat y fluye en un continuo con él. Su inocencia dimana de ese estado de indiferenciación. Por el contrario, en nosotros las manos, que flanquean una postura erguida, nos destacan sobre el horizonte terrestre; y gracias a ellas establecemos las dicotomías de interior-exterior, superior-inferior o conciencia-mundo que subyacen a todas nuestras relaciones con los objetos y con nosotros mismos.

Qué indicativo el ademán de llevarnos las manos a la cara durante un dolor físico o moral, como si ellas nos permitieran, cercados por las cosas, ausentarnos y cubrirnos para vivir a solas una ruptura de la sintonía con lo real.

Del mismo modo que sin estos extremos de nuestra figura no tendríamos mundo, como se vio antes, tampoco sin ellos llegaríamos a ser un yo. Esa intimidad que también fomentan los esquemas que las manos imprimen sobre la

²⁵ Giovanni PICO DELLA MIRANDOLA, “Discurso sobre la dignidad del hombre”, en Pedro RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN (comp. y trad.), *Humanismo y Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1994, p. 121; y Martín HEIDEGGER, *Carta sobre el humanismo*. Madrid, Taurus, 1970, p. 21.

²⁶ Dice Erich FROMM: “el hombre está en la naturaleza, sometido a sus dictados y accidentes, pero *trasciende* la naturaleza porque carece de la ignorancia o inconsciencia que hace del animal una parte de la naturaleza, como uno con ella. El hombre se encuentra ante el espantoso conflicto de ser prisionero de la naturaleza pero libre en sus pensamientos; de ser una parte de la naturaleza y ser, sin embargo, una rareza de la naturaleza, por así decirlo, de no estar aquí ni allí. El conocimiento que el hombre tiene de sí mismo lo hizo un extraño en el mundo, aislado, solitario y amedrentado.” Ver *El corazón del hombre. Su potencia para el bien y para el mal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 136)

naturaleza, puesto que prueban la posesión de un dentro intangible e incommensurable, ese *quodammodo omnia* –“de algún modo todas las cosas”– que, según Aristóteles, es el espíritu.

Porque me sé un no-mundo, una no-cosa por la interposición de mis manos, una mañana abro los ojos ante la certidumbre de mi dignidad. Que es también la de mi prójimo. De ahí lo ultrajante del término “masa” aplicado a la población y concebido en las batallas ideológicas del siglo XIX, que comprime la irreductible pluralidad de las personas cual puñado de arcilla en manos de un partido o un caudillo.

Este cuerpo, decía, que sale del mundo, lo inhala y se nutre ininterrumpidamente de él, es lo que nos hermana con la arena, el agua, el aire y las estrellas y es, al mismo tiempo, lo que nos divide y singulariza respecto de todo ello. De manera asimismo responsable.

“No tengo cuerpo, soy mi cuerpo”, aclara Michel Henry,²⁷ y por él mismo tampoco seguimos siendo solo cuerpo. Cuerpo que se transfigura y se trasciende, que se eleva sin que haga falta Torre de Babel alguna. Solo “el hombre supera infinitamente al hombre”, decía Blaise Pascal.²⁸

Carne rebelde, que se atreve incluso a negarse a sí misma. “Cuerpo-castigo” en los cultos órficos; “cuerpo-cárcel” en los diálogos de Platón; “cuerpo de muerte” en una epístola de San Pablo; “cuerpo depravado” en la prédica luterana. Y todos ellos, pensándolo y diciéndolo por medio del cuerpo que cuestionan. Como el lenguaje, en que son indisociables la fisicidad del sonido y el significado inasible; así también, de estructuras inquietas y livianas que son las manos se desprenden poliedros, conceptos, coreografías y ternuras.

Materia afantasmada, resplandeciente que, sin embargo, debemos al crecimiento entre semejantes cuyos ejemplos y cuidados nos ponen de pie, componen nuestro rostro mirándonos y nos invitan al aprendizaje de nuestros miembros. En cierta medida, el alma es un fuego encendido por un círculo de semejantes.

El lado derecho y la versatilidad de la condición humana

Para probar esta bella, pero también desconcertante, sujeción de la corporalidad, y de la condición humana a la convivencia, propongo posar la vista sobre un hecho que suele considerarse como natural, y cuyo examen revela una raíz de orden más bien cultural. El predominio del costado derecho de nuestra anatomía, con el consiguiente desprestigio del lado opuesto, denominado siniestro.

²⁷ *Filosofía y fenomenología del cuerpo. Ensayo sobre la ontología de Maine de Biran*. Salamanca, Sígueme, 2007, pp. 269-270.

²⁸ *Pensamientos (antología)*. Madrid, Valdemar, 2001, vol 7, p. 109.

Una asimetría verificable en el lenguaje corriente y en hábitos milenariamente arraigados: empezar el día con el pie derecho o con el izquierdo, ser diestro y poseer diversas destrezas, ser la mano derecha de alguien, sentarse a la derecha del Padre, ser dos pies izquierdos al bailar, o enterarse de un hecho siniestro.

Hace un siglo, el antropólogo francés Robert Hertz (1881-1915) se preguntaba por qué lo izquierdo llegó incluso a connotar lo impuro e inferior en las más variadas culturas: se sabe (quizá por culpa de las hagiografías) de “santos cristianos que, desde la cuna, llevaban la piedad al punto de rechazar el seno izquierdo de su madre”, y cuenta Plutarco que “los pitagóricos, cuando cruzaban las piernas, tenían cuidado de no poner jamás la izquierda encima de la derecha”.²⁹

La mano izquierda, continúa Hertz, es en varios pueblos “comprimida, mantenida en la inactividad y metódicamente estorbada en su desarrollo. El doctor Jacobs cuenta que en el transcurso de sus giras de inspección médica por las Indias holandesas observó a menudo que los hijos de los indígenas tenían el brazo izquierdo completamente atado, para aprender a «no utilizarlo». Y sin que nada en apariencia se oponga a que la mano izquierda reciba la misma instrucción técnica y artística que es monopolio de su contraria, es “sometida a una verdadera mutilación que no por ejercerse sobre la función, y no sobre el órgano, es menos real”.³⁰

La primera respuesta a este misterio la había propuesto Paul Pierre Broca (1824-1880) con su teoría sobre la división del cerebro en distintas zonas de operaciones especializadas, y cuyo hemisferio izquierdo tiene a su cargo la acción, el gobierno, la fuerza y la racionalidad, en tanto que el derecho se vincula con los sentimientos y la imaginación. De ahí que el hemisferio izquierdo cause, por correlación, la prevalencia de la parte opuesta del cuerpo en la acción y en el desempeño lógico. “Somos diestros de manos porque somos zurdos de cerebro”, decía Broca,³¹ de modo que la conformación orgánica, en definitiva, es la que pauta las maneras y las creencias de las sociedades.

Pero, objeta Robert Hertz, “¿qué nos prohíbe invertir la proposición de Broca y decir: «somos zurdos de cerebro por ser diestros de mano»?” En efecto, se sabe que “el ejercicio de un órgano implica una nutrición más abundante y, por consiguiente, un crecimiento de dicho órgano. Así, la mayor actividad de la mano derecha, que implica un trabajo más intenso de los centros nerviosos izquierdos, tiene necesariamente la consecuencia de favorecer su desarrollo”.³²

El hecho de que los mamíferos más próximos a nosotros sean ambidextros aumenta la impresión de que no es la naturaleza la que ha proporcionado a la

²⁹ *La muerte. La mano derecha*. México, Alianza / CONACULTA, 1990, p. 126.

³⁰ *La muerte. La mano...*, pp. 109-110.

³¹ *La muerte. La mano...*, p. 108.

³² *La muerte. La mano...*, p. 108.

mano diestra una habilidad superior, sino que, a la inversa, una predilección de origen consuetudinario e institucional ha asentado una memoria genética, una práctica familiar y hasta un universo de instrumentos y mobiliarios abrumadoramente favorables al estímulo de la parte derecha, que, sin embargo, la persistencia de los casos de personas zurdas y, más aún, la perfecta educabilidad de ese costado cohibido, muestra como solo una alternativa cultural a la que vendría bien una enriquecedora complementariedad.

Hertz cree ver en esta jerarquización de los lados del cuerpo solo “un caso particular y una derivación del dualismo inherente al pensamiento primitivo”. Las presuntas ventajas fisiológicas de la diestra son el producto de una “diferenciación cualitativa cuya causa yace más allá del individuo, en la constitución de la conciencia colectiva”. Fenómeno que confirma “la plasticidad del organismo” moldeable por “la coacción social” que genera una tendencia común que solo por olvido puede interpretarse como natural o espontánea.³³

Un siglo después, la neurología confirma esta ductilidad cerebral –y mental, claro– que Hertz había conjeturado. En su incisivo ensayo *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, Nicholas Carr narra la existencia de pruebas con personas que han perdido brazos o piernas en accidentes, y que enseñan hasta qué punto el cerebro puede maravillosamente reordenarse. Es de sobra conocido que quienes pierden la facultad de la visión o el oído desarrollan, gradualmente, una mayor sensibilidad en los órganos subsistentes; lo que hace pensar en un corpus cerebral hecho de conexiones y secuencias que tienden a asentarse sin perder del todo su capacidad para realinearse en la dirección que imponga una nueva circunstancia.

En 1992, el neurólogo V. S. Ramachandran, director del Centro para el Cerebro y la Cognición de la Universidad de California en San Diego, estudió el caso de un adolescente que había perdido el brazo izquierdo en un accidente de motocicleta. Según narra Nicholas Carr, Ramachandran vendó los ojos del paciente, luego rozó debajo de la nariz del joven a quien preguntó: “¿dónde te estoy tocando?” El muchacho respondió: “en el meñique de la mano izquierda. Me hace cosquillas”. Su cerebro, comenta Carr, estaba “en pleno proceso de reorganización, redistribuyendo sus neuronas para nuevos usos”. Tras estos y otros experimentos parecidos, se infiere que la sensación de poseer «una extre-

³³ “La distinción del bien y del mal, que fue durante largo tiempo solidaria de la antítesis de lo derecho y lo izquierdo, se desvanecerá de nuestras conciencias el día en que la segunda mano aporte un concurso más eficaz a la obra humana y pueda suplir, en ocasiones, a la mano derecha. Si durante siglos la presión de un ideal místico ha podido hacer del hombre un ser unilateral y fisiológicamente mutilado, una colectividad liberada y previsora se esforzará en dar mayor relieve al valor de las energías que duermen en nuestro lado izquierdo y en nuestro hemisferio derecho, y en asegurar, mediante una cultura conveniente, un desarrollo más armonioso del organismo.” (*La muerte. La mano...*, pp. 131-132 y 134).

midad fantasma» que confiesan los amputados es en gran medida fruto de “cambios neuroplásticos en el cerebro”.³⁴

Variabilidad que muestra un sistema nervioso adaptable a las modificaciones de la conducta y, por qué no, a la renovación tecnológica de nuestra rutina laboral, lúdica o perceptiva. Por tanto, no inmutable en absoluto. “La genialidad del diseño de nuestro cerebro –concluye Carr– no consiste en que contenga una gran cantidad de cableado, sino precisamente en el hecho de que no lo tiene”. De donde, “nuestros modos de pensar, percibir y actuar no están del todo determinados por nuestros genes”, ni “vienen totalmente determinadas por las experiencias de nuestra niñez”.³⁵

Perturba saber que si, en el cerebro, el estímulo alienta y crea la función, no tiene nada de raro que los gustos y normas de una época repercutan sobre la anatomía. Podría hablarse de la progresiva pérdida de vello a través de la historia, o de la creciente cantidad de alergias en bebés rodeados de químicos agresivos en plásticos y artículos de aseo.

Pero es aún más contundente recordar que el andar erguido –al que debemos brazos, rostro y una irrigación sanguínea favorable al desarrollo neuronal superior– no es congénito sino inducido. Somos hijos del mundo que creamos, en una retroalimentación que ratifica la susceptibilidad de nuestro ser y, por tanto, aumenta la responsabilidad sobre lo que somos y queremos. Los productos que nuestra naturaleza nos permite innovar, revierten sobre ella volviéndola apta o inapta en un sentido u otro, sin llegar nunca a su clausura. Presas de nuestros hábitos, somos a la vez irrenunciablemente libres, puesto que nuestros hábitos lo fueron en su origen. Estamos todo el tiempo literalmente en nuestras manos.

³⁴ *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* México, Taurus, 2011, pp. 44-45.

³⁵ *Superficiales. ¿Qué está haciendo...*, p. 47. René Descartes ya hacía en el siglo XVII, especulaciones en este sentido: “sentimos a veces un dolor como si radicase en algunos de nuestros miembros, cuya causa no está en los miembros donde se los siente, sino en algún sitio más próximo al cerebro por donde pasan los nervios que trasladan al alma la sensación. Cosa que yo podría probar por muchas experiencias; pero me contentaré con aducir una muy manifiesta. Se tenía la costumbre de vendar los ojos a una joven mientras el cirujano le efectuaba la cura de un mal que padecía en una mano, a causa de que ella no podía soportar su vista, y por haber avanzado la gangrena hubo necesidad de cortar hasta la mitad del brazo; lo que hizo sin advertirla, porque no se la quería entristecer, y se le ataron muchos paños ligados unos a otros ocupando el sitio de lo que se le había amputado, de modo que durante mucho tiempo no llegó a enterarse. Lo que sucedió de notable es que, sin embargo, no dejaba de experimentar diversos dolores que imaginaba sentir en la mano que ya no tenía, y de quejarse de que le dolía unas veces en un dedo y otras veces en otro. No se podría dar de esto otra explicación sino que los nervios de su mano, que ahora terminaban en el codo, se hallaban movidos en la misma manera que hubieran debido moverse antes en las extremidades de los dedos, para dar al alma en el cerebro la sensación de semejantes dolores; lo que muestra evidentemente que el dolor de la mano no es sentido por el alma en tanto que está en la mano, sino en cuanto está en el cerebro”. Ver *Los principios de la filosofía*. Buenos Aires, Losada, 1997, vol.4, pp. 260-261.

A fines del siglo XV, el conde Giovanni Pico della Mirandola, en su Discurso sobre la dignidad del humano, ponía literariamente en boca de Dios, el “gran Artesano”, estas palabras: “Oh Adán: no te he dado ningún puesto fijo, ni una imagen peculiar, ni un empleo determinado. Tendrás y poseerás por tu decisión y elección propia aquel puesto, aquella imagen y aquellas tareas que tú quieras. A los demás les he prescrito una naturaleza regida por ciertas leyes. Tú marcarás tu naturaleza según la libertad que te entregué, pues no estás sometido a cauce angosto alguno. Te puse en medio del mundo para que miraras placenteramente a tu alrededor, contemplando lo que hay en él. No te hice celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal. Tú mismo te has de forjar la forma que prefieras para ti, pues eres el árbitro de tu honor, tu modelador y diseñador. Con tu decisión puedes rebajarte hasta igualarte con los brutos, y puedes levantarte hasta las cosas divinas”.³⁶

Tzvetan Todorov, testigo de ese intento burocrático y policial por oprimir y endurecer la vida que fue la Bulgaria colonizada por el totalitarismo soviético, describió parecidamente al humano como la «permanente posibilidad»,³⁷ frase que no deja de ser interrogativa e inquietante.

Una alteración imperceptible en nuestra red neuronal sucede ahora mismo por obra de la hiperestimulación electrónica que privilegia funciones de combinación, salto y deslizamiento superficial, mientras diezma peligrosamente la aptitud para la profundidad, la concentración, la paciencia y el detalle.

Me pregunto a dónde conducirá el desuso de las manos a causa de futuros artilugios que se activen con la voz o la mirada.³⁸ Ya es frecuente hoy no presionar el botón de un Smartphone, sino apenas suspender los dedos sobre la pantalla en un sutil abracadabra que llevaría a nuestros antepasados a tomarnos por hechiceros poderosos. Inadvertidamente, hemos superado a los personajes de Las mil y una noches.

Sin embargo, menos risueñamente, puede que un día una hecatombe energética o un sabotaje terrorista causen la suspensión planetaria de la conectividad cibernética. Para entonces, años acumulados de una inmovilidad halagada por la omnipresencia de dispositivos automatizados habrán dejado un par de manos endebles, laxas y quizá descalcificadas como muñones en quien tiempo atrás había sido un magnífico *homo fabris*, ahora lastimeramente inhábil

³⁶ En Pedro RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN (comp. y trad.) *Humanismo y Renacimiento*, pp. 122 y 123.

³⁷ *Delicias y deberes. Una vida entre fronteras. (Entrevistas con Catherin Portevin)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

³⁸ Dice el filósofo coreano-alemán Han BYUNG-CHUL: “los aparatos digitales hacen que las manos se atrofien. Pero ellos traen también una liberación del peso de la materia. El hombre del futuro ya no necesitará manos. No tendrá que tratar y elaborar porque ya no tendrá que habérselas con cosas materiales, sino solo con informaciones ajenas a la condición de las cosas. En el lugar de las manos se introducen los dedos. El nuevo hombre teclea en lugar de actuar”. Cfr. *En el enjambre*. Barcelona, Herder, 2014, pp. 56-58.

para usar la más simple herramienta con la que reiniciar el camino de la civilización.

¿Acaso ya en este siglo la temprana solvencia tecnológica de un niño no hace ver aún más torpes los dedos de un anciano, marcando una distancia intergeneracional que nunca antes había existido? ¿Cómo veremos el universo, cómo razonaremos, cómo amaremos dentro de un tiempo? ¿Seguiremos reconociéndonos en nuestra descendencia?

No hay modo de saberlo excepto caminando hacia adelante, con valor, cuidando el delicado equilibrio entre el cambio y la continuidad que la sabiduría de todas partes aconseja. Como diría Ítalo Calvino, “ser sin dejar de devenir, y devenir sin dejar de ser”.

Bibliografía

- ARISTÓTELES, *Las partes de los animales*, trad. E. Jiménez Sánchez-Escariche y A. Alonso Miguel, Madrid, Gredos, 2000.
- BARBOTIN, Edmond, *El lenguaje del cuerpo*. Pamplona, EUNSA, 1977.
- CARVALLO, Constantino, *Donde habita la moral. Reflexiones sobre la filosofía y educación*, Lima, Aguilar, 2011.
- BORGES, Jorge Luis, *Ficciones*. Lima, Peisa, 2002.
- BYUNG-CHUL, Han, *En el enjambre*. Barcelona, Herder, 2014.
- CARR, Nicholas, *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* México, Taurus, 2011.
- DA VINCI, Leonardo, *Cuadernos de notas / El tratado de la pintura*. Madrid, Edimat, 2002.
- DESCARTES, René, *Discurso del método*. Madrid, Tecnos, 1999.
- , *Los principios de la filosofía*. Buenos Aires, Losada, 1997.
- EMERSON, Ralph Waldo, “Napoleón o el hombre del mundo”, en *Hombres representativos*. Madrid, Cátedra, 2008.
- FROMM, Erich, *El corazón del hombre. Su potencia para el bien y para el mal*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- GEHLEN, Arnold, *Antropología filosófica. Del encuentro y descubrimiento del hombre por sí mismo*. Barcelona, Paidós, 1993.
- HEIDEGGER, Martín, *Carta sobre el humanismo*. Madrid, Taurus, 1970.

- HENRY, Michel, *Filosofía y fenomenología del cuerpo. Ensayo sobre la ontología de Maine de Biran*. Salamanca, Sígueme, 2007.
- HUIZINGA, Johan, *Homo ludens. El juego y la cultura*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- HERTZ, Robert, *La muerte. La mano derecha*. México, Alianza / CONACULTA, 1990.
- LUCRECIO, *La naturaleza de las cosas*. Madrid, Alianza, 2003.
- LYONS, Martyn, *Libros. Dos mil años de historia ilustrada*. Barcelona, Lunwerg, 2011.
- MARÍAS, Julián, *Antropología metafísica*. Madrid, Alianza, 1995.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *El ojo y el espíritu*. Madrid, Trotta, 2003.
- , *Fenomenología de la percepción*. Barcelona, Península, 1997.
- MONTAIGNE, Michel de, *Los ensayos*. Barcelona, Acantilado, 2007.
- MORIN, Edgar, *El hombre y la muerte*. Barcelona, Kairós, 2007.
- MUMFORD, Lewis, *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*. Logroño, Pepitas de Calabaza, 2010.
- OVIDIO, *Metamorfosis*. Traducción de A. Ramírez de Verger y F. Navarro Antolín, Madrid, Alianza, 2005.
- PASCAL, Blaise, *Pensamientos (antología)*. Traducción de Mauro Armiño, Madrid, Valdemar, 2001.
- PICO DELLA MIRANDOLA, Giovanni, "Discurso sobre la dignidad del hombre", en Pedro RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN (comp. y trad.), *Humanismo y Renacimiento*. Madrid, Alianza, 1994.
- RIBEYRO, Julio Ramón, *La palabra del mudo*. Lima, Seix Barral, 2009.
- TODOROV, Tzvetan, *Delicias y deberes. Una vida entre fronteras. Entrevistas con Catherin Portevin*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- ZWEIG, Stefan, *Veinticuatro horas en la vida de una mujer. Carta de una desconocida. Confusión de sentimientos*. México, Porrúa, 2006.